

DONDE HABITA EL OLVIDO

Andrea Marván

El Ford 1998 seguía estacionado junto al dispensador número cinco en la gasolinera de la calle Lincoln. La empleada no vio por ningún lado al dueño del automóvil. Creía recordar que era un hombre de piel morena. “Árabe” concluyó rápidamente, aunque en realidad no estaba segura; para la empleada rubia todas las razas se parecían, la idea de que se tratara de un coche bomba pasó por su cabeza. Vagamente recordaba la apariencia del hombre que media hora antes le había pedido cargar veinte dólares en el dispensador número cinco, pero entre más le daba vueltas a la idea más se convencía de que era un hombre árabe por lo que era muy factible que se tratara de un atentado terrorista. Sin pensarlo más, marcó los tres dígitos del número de emergencia y advirtió a la operadora que un coche bomba había sido abandonado por un árabe en la gasolinera de la calle Lincoln.

En menos de dos minutos una patrulla llegó al local, y mientras un oficial inspeccionaba el Ford color vino, otro entrevistaba a la despachadora que ahora se veía aterrada.

—No le puse mucha atención cuando pagó la gasolina —dijo nerviosa, sin aceptar que era porque había estado leyendo una revista de celebridades— pero definitivamente era árabe, sí árabe, se le notaba al hablar. Tenía aproximadamente 65 años, cejas espesas, piel morena y barba cerrada, definitivamente árabe. No hizo mucha plática, estaba nervioso —concluyó segura la empleada, abatiendo las pestañas con capas de maquillaje sobre sus ojos color celeste.

Los oficiales, caucásicos, revisaron el Ford. No había nada fuera de lo común, excepto el hecho de que había sido abandonado por su dueño. En el asiento del pasajero había una bolsa con dos refrescos y un paquete de tortillas, colgado del espejo retrovisor una estampita de Juan Diego y un escapulario de la Virgen del Carmen. El registro de las placas estaba al corriente y el coche estaba relativamente limpio, en la guantera los papeles del registro indicaban como dueño a Omar Jaén y su dirección. Los oficiales corrieron el reporte en la computadora de la patrulla. Jaén era un hombre retirado que tenía un record impecable en su licencia de manejo. Mostraron a la empleada la fotografía del hombre de tez morena, y ella lo identificó inmediatamente.

Hacía tiempo que Omar Jaén salía de su casa sin sombrero o dejaba su paraguas olvidado en el cajero automático. Poco a poco, fragmentos de su memoria habían empezado a desaparecer. Un día no supo explicarle a su nieto cómo era que su familia había llegado a vivir a ese país en busca del sueño americano. Había olvidado el sabor agridulce de los garambullos que comía en el cerro cerca del rancho de su abuelo o la textura de una tuna, pero todavía recordaba lo que había sentido la tarde en que conoció a Margarita, su esposa. En ese entonces, hacía 50 años, ella era una muchacha de apenas 16 años, con la fuerza de una leona para esconderse agazapada junto con otros ilegales cruzando a pie el desierto de Sonora.

Omar había olvidado poco a poco grandes trozos de su vida, como una colcha de retazos unidos fuertemente por el hilo de la memoria, y este hilo había desaparecido. Así, después de cargar gasolina fue al baño del establecimiento, olvidó que su auto estaba estacionado y salió caminando de regreso a su casa sin acordarse de su automóvil.

Omar Jaén había nacido en Estados Unidos, en la tierra de las oportunidades. Mucho antes de que ese país se viera condenado por el miedo al ataque de un enemigo terrorista, antes de que el temor y la incertidumbre se apoderaran de cada ciudadano al entrar a una escuela, un aeropuerto o un sencillo restaurante de comida rápida. Ahí nació y ahí creció. Vio a sus hijos y a sus nietos convertirse en ciudadanos trabajadores.

Pero cuando todos crecieron y se repartieron entre las cuatro esquinas del país, el olvido alcanzó a Omar y él mismo se sorprendió al mirarse al espejo. Le parecía ajeno su rostro surcado y sus cejas espesas, su barba oscura. Desconocía sus ojos y sus manos, poco a poco hasta él mismo se había ido borrando de su propia memoria.

Omar Jaén había llegado, incluso, a olvidar que su esposa había muerto tres años antes y a menudo hacia los encargos que ella le pidió durante los 45 años que vivieron juntos: pasar por un kilo de tortillas, comprar refrescos para la cena. A menudo Omar se estacionaba afuera de la florería donde ella trabajaba para sorprenderla y llevarla de vuelta a casa, olvidaba también que esa florería había cambiado de dirección.



No recordaba que en ese país el no ser blanco era visto con recelo, que su tez morena y su sonrisa abierta y despreocupada lo delataban como inmigrante, aun cuando había nacido en suelo norteamericano. Había olvidado el sonido de la guitarra de su abuelo, su voz rasposa entonando corridos de amores y revoluciones en tierras lejanas. Piezas de pan con nombres festivos y tradiciones familiares ahora sólo habitaban en su memoria como una niebla borrosa, como el intento de un sueño a color.

Cuando los federales tocaron a su puerta un par de horas más tarde, Omar Jaén había olvidado también que no era

terrorista, no pudo recordar las palabras para explicar que su fe era católica y con la resignación de quien olvida la mitad de su esencia, se dejó llevar acusado de atentado terrorista... No recuerdo a dónde. **A**

Andrea Marván (México DF, 1973). Mexicana. Estudió Ciencias de la Comunicación en el ITESM y posteriormente una Maestría en Guionismo para Cine y Televisión. Ha publicado cuentos y artículos sobre diversos temas en revistas mexicanas y canadienses. Actualmente reside en Vancouver, Canadá, donde está escribiendo su primera novela y planea estudiar una maestría en Escritura Creativa.